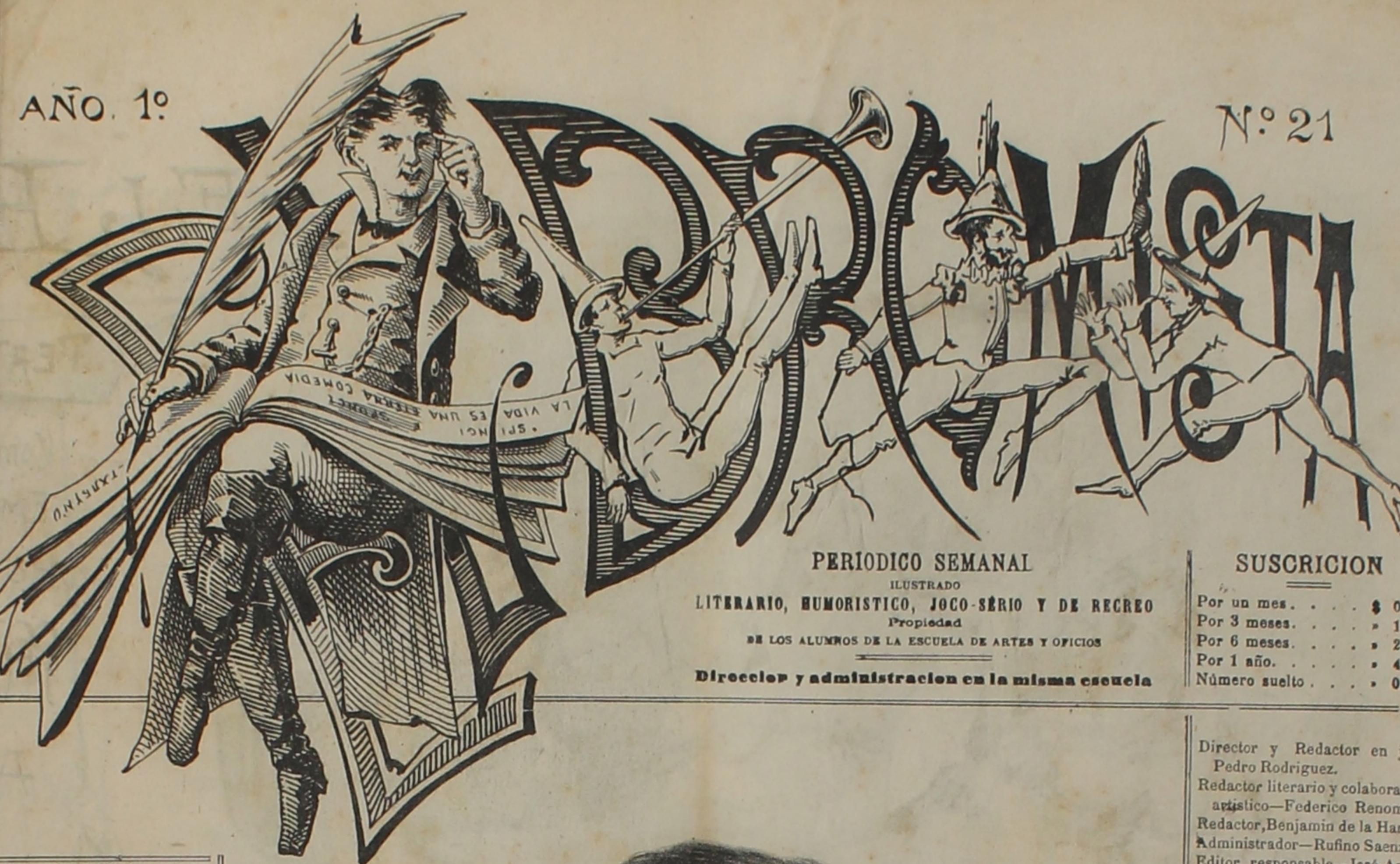


AÑO 1º

Nº 21



PERIODICO SEMANAL

ILUSTRADO
LITERARIO, HUMORISTICO, JOCO-SERIO Y DE RECREO
Propiedad
DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

Dirección y administración en la misma escuela

SUSCRIPCION

Por un mes	\$ 0.50
Por 3 meses	1.50
Por 6 meses	2.20
Por 1 año	4.00
Número suelto	0.15

Director y Redactor en jefe
Pedro Rodriguez.
Redactor literario y colaborador
artístico—Federico Renom, y
Redactor, Benjamín de la Hanty.
Administrador—Rufino Sáenz.
Editor responsable—José Ame-
guin.

—Pues déme usted.... una
docena; más vale que sobre que
no que falte.

—Y le crecerá cor. más fuerza.
—Acaba ya maestro?

—¿Está usted invitado para el
Tedeum?

—Si maestro, pero no voy;
iré más tarde á la Casa de Gó-
bierno á ver el desfile, aunque
no sea más que por cumplir.

—Ya está usted listo (quiere
un poco de cosmético en el bi-
gote)?

—No, maestro (yo creo que
este hombre me está embro-
mando), ¿qué le debo?

—Poca cosa, cinco reales.

Nuestro peñimetre salió con
aire de satisfacción, y como la
curiosidad me detuvo más de lo
pensado, hube de marcharme
también sin llevar á cabo el ob-
jetivo que me hizo entrar, despi-
éndome hasta luego.

Caminaba por la calle de Sa-
randí, y observando que detrás
de mi lo hacían en la misma di-
rección una señorita y una se-
ñora, con paso algo precipitado
y conversación animada, las
dejé pasar delante, y la pícara
curiosidad me hizo seguirlas,
oyendo el siguiente diálogo.

—Pero mamita, tu ves que eso
sería ponernos en ridículo.

—Mírala mi hija, yo creo que
más ridículo es gastar hoy en
trapos y dijes, lo que mañana
nos hará falta para obligaciones
más imperiosas.

—Dejate de zonzeras, máma-
rí que papelón haríamos si
fuéramos al baile de esta facha.
Luisa y Lelia se presentarán con
gran lujo, y nosotras no debe-
mos ser menos; y después de to-
do, tu ves que dejaríamos en
muy mal lugar á Teodoro que
nos lleva, y á quien yo tengo
casi prendido en mis redes, y no
conviene desilusionarlo y que se
arrepienta de sus intenciones.
Ultimamente, si hace falta, des-
pués empeñaremos mis....

—Calláte, hija, tu no piensas
bien. Teodoro es un mozo for-
mal que no se paga de superche-
rias, y si te quiere, lo mismo te
mirará si ostentas lujo, como si
te presentas sencilla y con de-
cencia. El sabe que no somos ri-
cas, como lo saben todos los que
nos conocen, mientras que Luisa
y Lelia también se sabe que si
no son ricas, pueden gastar me-
jor que nosotras, porque tienen
quién se lo dé; y sobre todo, nos-
otras no debemos hacer lo que
hagan otras, sino lo que nos per-
mita nuestras facultades.

Además, yo sé, como lo saben
todos los que han querido eirlo
de su misma boca, que Teodoro
no dà mérito á una joven por lo
que lleva, sino por lo que puede
llevar; ni tampoco por lo que di-
ga, sino por lo que haga y sepa
hacer.

—Ricote de cuentos, máma,



Sr. Dr. JOSE E. PESCE
Superintendente de la Casa de Gobierno

—Cortamos el pelo?
—No, quiero afeitarme.
—Dice usted qué?
—Que quiero afeitarme.
—Bueno, bueno (muchas docenas de estos me hacían falta).
—Me dejé la barba hace algunos días, y veo que me incomoda mucho.
—Claro, y con estos calores incomoda más.
(La noche anterior había caído una helada regular).
—Déjeme el bigote ¿y goye usted?
—Muy bien señor.
—Pero maestro, temo que como aquí no hay muy buena luz
no lo vea usted bien y me corra las narices pensando que es el
bigote. Sería mejor que encendiera usted el gas.
—No hay necesidad; aunque no le veo, me lo supongo.

—Dejeme también ese lunar que tengo junto á la oreja, por-
que sino, se me enojará mi adorada.
—Descuide usted, se lo voy á dejar hecho un chiche.
—Muy bien maestro, voy á recomendar su casa á todos mis
amigos.
—Gracias; yo también me intereso siempre por los hombres
de buena voluntad y así, le voy á vender lo que no vendo á nadie.
Tengo un elixir riquísimo, que en poco tiempo hace crecer la
barba. Con seis frascos llegará usted á tener una barba de tres
bes, en poco más de dos meses.
—Pero eso es cierto, maestro?
—¡Oh! yo á usted no lo engaño; mi elixir es un verdadero
descubrimiento de oro.
—Y cuánto vale cada frasco?
—Dos pesos.

EL B

TEATI

Compa

EMP

HOY

RE

A



Una experiencia de magnetismo

MISTICO

IS
aliana
RRARI
e Agosto
ELE
unto.



Oracion à San Antonio Abogado de los Casamientos



Declaracion amorosa a boca de jarro —

Theodoro, como todos, lo que quería sería encontrar una mujer rica, y se reiría de todas esas doctrinas.

—No te niego, mi hija, que muchos hombres piensen así, pero por regla general, los que tal piensan, si no acompañan riqueza, por lo menos acompañan inteligencia y trabajo, mientras que nosotros las mujeres solo llevamos gastos y disgustos. Pero tampoco los hombres piensan todos lo que tu dices, esos son los menos. Los más, como le sucede a Teodoro, que sin ser rico, tiene una regular posición, desea, más que una mujer rica, una mujer que, más que gastar, sepa ahorrar y guardar, con otras habilidades que nos son propias, sin que creas por esto que él sea un egoísta; yo sé que él piensa muy bien.

—Mira, mamá; cuesta lo que cuesta, yo me he propuesto en este día presentarme como la gente, y al que no le guste que se embromé y coma quina.

—No mi hija, nadie se tomará la libertad de decirte si haces mal o bien, por más que lo vean y lo comprendan, como tan poco se embromará nadie por lo que hagamos; las embromadas seremos nosotras, que por este tu gusto hoy, tendremos algunos disgustos después.

Aquí llegaban en su conversación madre e hija, cuando entraron en una tienda y yo continué la marcha, haciendo para mí capote los comentarios á que el tal diálogo se prestaba, como nuestros lectores, seguramente, harán los suyos.

Y todo esto por las fiestas, y por aquello de que nuestra humanidad es todo lo ruin que podamos imaginarnos.

En la plaza Independencia, á la hora del desfile. La concurrencia procura acomodarse en las filas lo mejor posible, lo que da lugar á escenas que son de cajón en actos de esta naturaleza, como las siguientes:

—Oiga Vd., so cara de fuele, dice una andaluza de rompe y rasga, jno ve que me espachurra á mi hija!

—Señora dispense! contesta el aludido, que por fortuna era compatriota y paisano—;Lo voy á comprar un coche!

Un poco más lejos y eu la misma fila.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡que bárbaro; me ha estropeado un pie!

A la espalda de la fila, tres señoras y una niña en animada conversación y enteramente descuidadas, sienten al oído la escandalosa voz de un italiano que grita:

—Narranchas dorchas, narranchas! que las deja aturdidas por algunos segundos, y maldiciendo del báchicha que tan intempestivamente las interrumpió.

Empieza el desfile.

En el momento de pasar una de las primeras secciones de infantería y en el acto de agacharse una niña á recoger el abanico que se le había caído, los dos soldados de la última hilera, el primero la tropezó, dejándola caer, y el segundo la pisó, dejándola algo mal parada y maldiciendo ella y sus padres de las fiestas, y su mala estrella, jurando no volver más.

Entretanto, en otro punto oímos lo siguiente:

—Ya ves mi querida Julia, como al fin sucede lo que yo tanto me temía: así son los hombres.

—Pero ché, parece increíble que por esa tonta presumida te deje plantada, después de tantas promesas y . . .

—Ya ves hijita; una pobretona que no tiene donde caerse muerta.

—Dicen que es bonita, de talento, y que tiene muy buenas manos.

Preciso: dicen que á falta de pan, buenas son tortas. Todas las de su condición tienen que aprender algo para ir viviendo; sin embargo de que yo creo que esa vive de algo más que de habilidades de buena ley.

—Ché, no digas eso, no me parece prudente aventurar palabras que no estén basadas en la verdad y la rectitud. Yo he oido decir que efectivamente, es pobre, pero que es un modelo de honestidad y joven bastante bien educada y acostumbrada.

—Sali, ché, no seas zonza; la que no tiene otra cosa, ha de cubrir las apariencias con algo, y á mí me consta que esa madrinita tiene embaucados á más de cuatro tontos. Ya verás tú cómo al fin la he de dar un disgusto que se acuerde de mí. Yo lo veré á él en el teatro, donde ella ni va ni puede ir, y veremos quién vence á quién.

—Pues mira, yo soy de opinión que el medio mejor de conseguir algo, sería mostrándote tranquila y digna, haciendo caso omiso de lo sucedido, pues si él te reserva algún cariño, te vendrá a buscar, y del otro modo, tal vez lo alejes.

—Qué me importa; si uno se va, otros vendrán!

—Si mi querida, pero tu no ignoras que no estamos ya en edad de perder el tiempo, y que estas cosas desacreditan.

No pude oír más, porque se retiraron al interior de las habitaciones, y con toda calma me puse en dirección de la peluquería, para hacer lo que no pude verificar el día anterior.

Al mismo tiempo que yo entraba, lo verificaba delante de mí un mozo de excelente apariencia, que inmediatamente tomó asiento, entablando la siguiente conversación:

—Maestro, necesito que se porte usted como tal, con mi cabeza.

—Vá usted al baile del club?

—No, amigo, pero hoy me caso y . . .

—Hola hola! jno que se casa usted?

Dentro de pocas horas. Dicen que cada cosa en su tiempo, y como yo creo que todo hombre pasando de los veinte y cinco años, es perjudicial á la sociedad permaneciendo soltero, puede usted deducir las consecuencias de tal creencia.

—Lo felicito, y . . . ¿quién es ella?

—Usted no la conoce. Mi futura no es muy rica, pero vale un mundo por sus prendas físicas y morales. Déjeme un poco alto el pelo, maestro!

—Pues señor, me alegraré que ninguna nube empañe el sol de su nuevo estado, y que los lindos cabellos que ostenta permanezcan muchos años en tal estado. ¿Quiere usted que le corte estas guías?

—No maestro! Esas guías son el encanto de mi amada, además de que dan una cierta seriedad muy conveniente á un esposo ó cabeza de familia.

—Le dejo más ancha la perra?

—Sí, maestro, lo quiero todo grande, porque aunque parezca mucha pretension, jno le parece que puedo aspirar á un buen doce?

—Pues no me ha de parecer? jyo lo creo! Un buen mozo como usted, inteligente y activo, se merece eso y mucho más. (Y volviendo la cabeza, acompañó á estas palabras con una sonrisa zumbona, que quería decir muchas cosas).

A todo esto, el oficial concluyó conmigo y tomé las de Villadiego, deseoso de dar algún descanso á mi imaginación, aturrida de tanta investigación y expectación.

Con el mismo motivo, me despidió de mis apreciables lectores hasta el próximo domingo. Ya hemos conversado un rato de las fiestas y por las fiestas.

ELENA THEODORINI

Cumpliendo lo que prometimos en nuestro número anterior, publicamos hoy la biografía de la célebre cantante Elena Theodorini que actualmente trabaja en nuestro teatro Solis, y que trascibimos de *La Ilustración Universal*, periódico ilustrado que se edita

en Madrid, donde cantó últimamente la Theodorini y donde volverá á cantar pronto nuevamente, pues ha sido contratada para el teatro Real de aquel punto como *prima donna*.

Hé aquí la biografía de referencia:

Entre las muchas cosas que se han dicho de Elena, debemos citar la siguiente frase de un distinguido escritor italiano: «Cuando sonríe, enamora; y sonríe y enamora con frecuencia».

Verdaderamente es conmovedora su sonrisa, tanto como es dulce su palabra, elegante su cuerpo, clara su inteligencia y grande su inspiración.

«Qué tiene, pues, de extraño que haya quien se enamore de su sonrisa?

Nada absolutamente.

El autor de la frase no quiso hablar de sus divinos ojos, sin duda por no confiar al papel impresiones tanto más halagadoras, cuanto más secretas.

Todo esto quiere decir que la Theodorini es una mujer superior, y que si no fuese artista, sería una notabilidad por su distinguido trato y conversación atractiva.

Como en nuestro concepto, la mujer es antes que todo, hemos querido empezar riéndola tributo tan respetuoso como entusiasta.

Nació Elena de distinguida familia, que adora en ella como hija predilecta. Su educación, propia de la gente de su clase, fué esmeradísima. Aprendió rápidamente cuanto la enseñaron, y al empezar á conocer los rudimentos de la música, comprendieron sus padres que había nacido para el divino arte.

Era asombrosa su facilidad, admirable su intuición, que salvaba toda suerte de dificultades.

Siendo muy niña, llegó á ser una pianista notable. No se crea que no lo sea hoy. A pesar del complicado estudio del canto, á pesar del esfuerzo que exige el arte escénico, no ha sido ingrata con el instrumento que le reveló las primeras bellezas, é hizo latir con ansiedad su corazón de artista.

Cuando quiso dedicarse al canto, era muy niña todavía, y sus maestros procuraron guardar el tesoro de su voz, que más tarde debía dar hora y provecho.

No ha pasado el calvario artístico: solo leves nubes empañaron breve tiempo su esperanza. Su biografía puede resumirse en estas palabras: «Elena Theodorini tiene 25 años, y es una de las primeras artistas de Europa».

Al principio de su carrera cantó en Milán varias óperas bufas con extraordinario éxito. Sus compañeras dieron en decir que para ese género servía, y mucho; pero que era inútil que intentara probar otro. Y al año siguiente se presentó ante el mismo público, cantando prodigiosamente la *Hebreia*, de Halevy; papel de prueba entre las tipas dramáticas.

Ya no hubo duda: la Theodorini fué proclamada artista en toda la extensión de la palabra, y desde entonces empezó para ella una serie de triunfos no interrumpidos.

Milan, Bolonia, Barcelona, Brescia, Madrid y otras poblaciones, la han aclamado, otorgándole sus aplausos.

Nuestro Real ha hecho con ella lo que hace con los cantantes de veras: quedársela, no consentir que otros teatros gozaran oyendo á la encantadora joven, que consideramos como compatriota.

Dos años lleva entre nosotros, y otros llevará, pues será una inmensa desgracia vernos privados de aplaudir á la simpática tipa.

La oírás París, la oírás otros públicos importantes; pero será solo para breves representaciones, cuando ella sale algunos días al descanso.

Elena, que habla con pasmosa facilidad nuestra lengua, á buen seguro que se pondría triste si permaneciera mucho tiempo alejada de España, de esta España que la quiere entrañablemente, y á la cual dedica los mejores años de su vida.

Como todos los artistas de verdadero, de relevante mérito, la Theodorini reúne tan completas, tan armónicas cualidades, que pueden expresarse brevemente. Voz ensordecedora y de magnífico timbre, talento, inspiración, arte, estudio, seguridad y figura; una las condiciones por las cuales brilla con vivísima luz, como esa ingrata estrella de la esperanza, que jamás se aparta de nuestra vista.

Domina todos los géneros, luciendo lo mismo en *Los Hugones* y *La Africana*, que en el *Barbero y Semiramide*, *Mefistófeles* y *Lucrecia, Fausto y Favorita*.

Ultimamente ha obtenido un nuevo triunfo en *Gioconda*, cuya ópera canta á maravilla. Un periódico ha dicho que en la interpretación de la desventurada cantatriz veneciana, ha superado á la Mariani, y nosotros creemos lo mismo.

LA ILUSTRACIÓN UNIVERSAL, al publicar su retrato, no cree añadir laureles á su corona, sino que honrándose á sí propia, consigna el testimonio de la admiración y respeto que le inspira Elena Theodorini, honra del teatro lírico italiano.

Santos á causa de haber publicado este en su diario un suelo ofensivo á la dignidad del doctor Diaz.

Ah! *Francisquito* ahí tienes las consecuencias de haberle metido á rededor!

Y bien merecida la tienes para que en adelante cuando algo escribas, tengas por norma de conducta el decir la verdad y no lanzar calumnias impunemente.

Que esta lección para ti poco te agradable, sirva de ejemplo y correctivo.

EL COLMO DE LA INUTILIDAD—Verdaderamente, son hombres originales estos señores redactores de *El Telégrafo Marítimo*. ¡Pues no han dado en decir qué el incidente Diaz Garcia Santos, será la causa de los grandes males que sobrevenirán; que no hay garantías y que, en fin, dentro de poco vamos á presenciar el caos en nuestro país!

Pero hombre zhábrase visto gente más ridícula y gestera?

No hay que hacerle los escribidores de *El Telégrafo* están en . . . Bábia.

¡Señor por Dios! ¡Qué tendrá que ver un hecho particular, aislado completamente, con la marcha progresista del país?

Estos *telegrafistas marítimos* deben ser seguramente visionarios. En lo más insignificante creen ver un fantasma terrible, y todo no es otra cosa que las consecuencias de una oposición sistemática y el deseo de una impotencia palpable.

Hasta dónde llega la inutilidad y el poco tino de ciertos periodistas! . . . á disparatar en grande escala.

Que les den un poco de lo que no tienen!!!

PARA POSTRE—Mira, Pancracio, ¿á cuál de nuestras hijas pretenderá ese pollo que nos sigue?

—A ninguna. Aquien sigue es á mi.

—Le debo treinta reales!

Epitafio:

Bajo esta pesada losa
Una vergüenza reposa,
Y asegura un grave crítico
Que es la de un hombre político.

—¿Es Vd. el dueño de esta posada?

—No señora; pero soy padre de mi hijo que es el amo de la posada, y estoy enterao de tó, y si quiere usted hospese en ella....

—Si señor, y por eso quiero saber antes si tiene algún cuarto escusado....

—¿Cuarto escusao? Ya lo creo que hay! Y muy güeno y limpío.

—¿Tiene balcones?

—¡Barcones! Cá, no señora; no tiene más que un ventanillo reondo.

—Y por ese ventanillo se vé el campo?

—Yo no sé si se verá, porque siempre que he mirao por él ha sio con un ojo y muy de prisa.

Una niña enseñaba á una amiga un bonito baul mundo que tenía en su dormitorio.

—¿Te gusta? dijó á su compañera.

—Mucho, respondió esta—¿Quién te lo ha hecho? Yo desearía tener otro igual.

—No te lo puedo decir, pero voy á preguntárselo á mamá....

La niña se asoma á la puerta del cuarto y pregunta á su madre que se encuentra en una habitación inmediata:

—Mamá, ¿quién hizo el mundo?

—Dios, contestó la madre.

—No, mamá, te habrás equivocado. Lo haría San José que era carpintero.

—Mira, papá, aquel caballero que vá por allí, le abrochaba á mamá el corsé mientras tu estabas en los baños.

—Cuernos!

La viuda de un torero
Que era señora de todos
Y morir vió á su marido
Entre las astas del toro,
decía derramando lágrimas,
á su pariente Bartolo.
—Siempre que á un toro miro
Se me presenta mi esposo!

No quiso querer á la que quiere
Que no la quiera yo, porque soy poco
No quisiera alcanzar su amor tampoco
Si ella su amor deveras no me diere.

Y yo quisiera si es que ella quisiera
Quererla con amor, amor de loco
Amor que, (de pensarlo me sofoco)
Tan solamente con la vida muere.

Yo quisiera querer á esa muchacha,
Yo quisiera quererla y no la quiero,
Aunque no me separo de su puerta.

Quisiera su querer y ver sin tacha
En sus ojos el fuego verdadero
El fuego del amor....pero si es tuerta!

GRÓNICA SEMANAL

POBRE CITO—Según nos cuentan testigos que han presenciado el hecho ha sido, soberana la *paliza* con que el Dr. Teófilo E. Diaz (hijo) obsequió al interesante cronista de *El Bien Público* D. Francisco García